

que yo, porque él reina sobre los espíritus y yo no reino sino sobre la materia

“En su sueño de monarquía universal, piensa haber de París una capital del mundo, donde tuvieran su asiento las grandes soberanías temporal y espiritual, y que llegara á ser la residencia del jefe político de los hombres y del Vicario de Jesucristo, reducido desde entonces, bajo el punto de vista del poder secular, á no ser sino un gran Obispo, Pastor de las almas...”

“También se atrevió á tantear el ánimo del Papa, sobre el proyecto de que se ocupaba, de señalar á los Soberanos Pontífices la ciudad de Avignon por residencia, y de darles además en París un palacio papal y un barrio privilegiado. Esperaba alcanzar estas extrañas concesiones de la debilidad del anciano; pero Pío VII hizo que le llegara la siguiente respuesta: “Se ha esparcido la noticia de que podía llegar el caso de retenernos en Francia. Pues bien: que nos quiten la libertad; todo está previsto. Antes de salir de Roma hemos firmado una abdicación conforme con las reglas establecidas, y válida, por si acaso somos encarcelados. El acta está fuera del poder de los franceses; el cardenal Pignatelli es su depositario, en Palermo, y cuando se manifiesten los proyectos que se meditan, no os

quedará entre las manos más que un pobre monje que se llamará Bernabé Chiaramonti.”

“Las relaciones diplomáticas entre la Santa Sede y Napoleon, añade el P. Huguel, habían tomado por parte de este último un carácter áspero, que ocultaba los proyectos que pensaba realizar. Se quejaba del Santo Padre se dejaba dirigir por los enemigos de Francia, y que la autoridad espiritual de que el Papa ponía trabas en todas partes con nuevas exigencias á la marcha de su gobierno. Nada de esto era cierto. El Padre Santo se mostraba, bajo el punto de vista temporal, fiel ejecutor de los tratados; y bajo el espiritual, extraño á toda mira personal, y digno pastor de las almas.

“Repentinamente, despues de la batalla de Eckmühl y de la toma de Viena, el Emperador hizo presente al Papa, por medio de su embajador en Roma, la necesidad absoluta en que se encontraba de exigirle que cerrase sus puertos al comercio inglés, y de que se uniese á él contra Austria é Inglaterra. La respuesta del Papa respira una noble y piadosa firmeza: “Yo soy, dijo, el padre de todas las naciones cristianas, y no puedo, sin faltar á este título, hacerme enemigo de ninguna de ellas.” Al oír Napoleon tan prudente respuesta, hizo que sus tropas ocu-

pasca á Ancona y Civita-Vecchia. Su cólera no se debía limitar á estos primeros actos de una injusta violencia: el 2 de Febrero de 1809 entró el general Miollis en Roma á la cabeza de un cuerpo de tropas francesas, ocupó la ciudad militarmente, desarmó y licenció la guardia del Santo Padre, y dió órden para que todos los Cardenales franceses, ó que habian nacido en lugares del territorio del imperio, se retirasen á sus países respectivos. Esperaba Napoleon que Su Santidad, entregado de este modo á sí mismo, y separado de los consejos del Sacro Colegio, se mostraría más dócil á su voluntad; pero el Soberano Pontífice estaba animado de un poder que ninguna fuerza humana podia abatir, y el sagrado carácter de que estaba revestido le inspiró nobles pensamientos, contra los que Napoleon no pudo oponer más que odiosas violencias."

El 17 de Mayo de aquel mismo año publicó el Emperador un decreto por el cual agregaba los Estados de la Santa Sede al imperio.

"El Padre Santo, aunque afligido, no se acordó ante el sacrilego atentado, y la misma tarde ea que Roma veia estupefacta este cambio en su situación política, el Romano Pontífice pi-
dió justicia á Dios y echó mano de las armas

espirituales que del misero habia recibido. Un Breve de excomunion, escrito todo él por el Santo Padre, y sellado con el anillo del Pescador, separó al Emperador de la comunión de los fieles. En aquel Breve se leían estas palabras, que recuerdan los tiempos en que la Iglesia se ha visto obligada á manifestar su suprema autoridad. "Que los soberanos sepan una vez más que están sujetos por la ley de Jesucristo á nuestro trono y á nuestra autoridad; porque tambien nosotros ejercemos una soberanía, pero una soberanía mucho más noble, á no ser que se quiera decir que el espíritu es inferior á la carne, y las cosas del cielo á las de la tierra." Así hablaba el Soberano Pontífice en su santa indignación; sin embargo, tuvo cuidado de explicar que no imponia al Emperador sino un castigo espiritual.

"Napoleon se mostró violentamente irritado de lo que él llamaba audacia del Papa, y en adelante no guardó consideracion alguna con él.

Pio VII se habia retirado al fondo del Quirinal, y habia hecho cerrar las puertas de este palacio. Un grupo compuesto de presidiarios licenciados y de la canalla de los arrabales, saltó las paredes del edificio, derribó las puertas á hachazos, y los soldados de Miollis, á las órde-

nes del general Radet, penetraron en las habitaciones. A la guardia suiza se le obligó á rendir las armas, y Radet, seguido de su gente, se encontró en presencia del Padre Santo. El venerable Pontífice estaba rodeado de sus Cardenales y de un corto número de fieles servidores. Un profundo silencio reinó durante algunos minutos. Por fin el general francés, con el rostro pálido, con voz temblorosa, y apenas pudiendo articular algunas palabras, dijo al Papa que tenía que cumplir una penosa misión, pero que habiendo jurado fidelidad al Emperador, no podía dispensarse de ejecutar sus órdenes: que en su consecuencia, le intimaba á que renunciase la soberanía temporal de Roma. El Papa le respondió con dignidad y firmeza: "Si vos habeis creído deber ejecutar tales órdenes del Emperador, porque le habeis prestado juramento de fidelidad y de obediencia, pensad de qué manera debemos nosotros sostener los derechos de la Santa Sede, á la que estamos ligados por tantos juramentos. *No debemos, no podemos, no queremos.*—En este caso, replicó el general Radet con arrogancia, es preciso que os prepareis á salir de Roma; tal es la voluntad del Emperador, que estoy dispuesto á llevar á cabo por todos los medios posibles." El venerable Pontífice alzó

los ojos al cielo, y exclamó: "Estoy pronto á sufrir, pero no á obedecer á vuestro Emperador; me paga muy mal la demasiada condescendencia que he tenido con él. Quizá bajo este punto de vista mi conducta es culpable á los ojos de Dios, y ahora quiere por eso castigar-me: me someto humildemente á su divina voluntad."

"Algunas horas despues, el Papa Pio VII, el jefe visible de la Iglesia, el venerable Pontífice, cargado de años y enfermedades, fué metido por los soldados de Radet en un carruaje, concediéndole únicamente que le acompañase un Cardenal. El carruaje se detuvo en la puerta del pueblo, y el general reiteró sus órdenes al Padre Santo, que entónces no se dignó responderle.

El carruaje continuó su camino, y los dos ilustres prisioneros fueron conducidos con direccion á Toscana.

"A los primeros relevos en la Campaña de Roma, dice el cardenal Paeca en sus interesantes *Memorias*, pudimos observar en el semblante de las pocas personas que encontrábamos, la tristeza, el estupor que le causaba este espectáculo. En Monterosi, muchas mujeres desde las puertas de sus casas reconocieron al Papa, á

quien los gendarmes escoltaban con el sable desenvainado, como si fuera un criminal. Aquellas buenas mujeres, imitando la tierna compasion de las mujeres de Jerusalem, se golpeaban el pecho, lloraban, gemian, y tendiendo los brazos hácia el coche, decian: "¡Nos llevan al Padre Santo! ¡Nos llevan al Padre Santo!" Este espectáculo nos conmovió profundamente, y por otra parte nos costó caro; porque Radet, temiendo que la vista del Papa llevado de este modo, excitase algun tumulto, algun alboroto en las ciudades populosas, rogó á Su Santidad que hiciera bajar las cortinas del carruaje. El Santo Padre consentió en ello con mucha resignacion, y continuamos de este modo el viaje, sin que apenas nos diera el aire en lo más caluroso del día, bajo el sol de Italia, en el mes de Julio. Cerca del mediodía manifestó el Papa deseos de tomar algun alimento, Radet mandó hacer alto en la posta, en un lugar casi desierto sobre la montaña de Viterbo. Allí, en un cuarto sucio, especie de chiribitil donde habia una silla desvencijada, la única que quizás habia en la casa, se sentó el Papa, cerca de una mesa con un mantel repugnante, y comió un huevo y un poco de jamon. Inmediatamente nos pusimos en marcha; el calor era excesivo, inaguantable. Hácia la

tarde el Papa tuvo sed, y como no se veía casa alguna cerca del camino, un sargento de gendarmes cogió en una botella agua de la fuente que allí habia, y se la presentó al Padre Santo, que le bebió con gusto.

"Después de diez y nueve horas de una marcha forzosa, tan incómoda para el Padre Santo á causa de una cruel enfermedad, á la que era contraria toda clase de fatiga, y sobre todo la del viaje, llegamos á las once de la noche á Rodicofani, primer lugar de la Toscana, y nos apeamos en una miserable posada, donde nada habia preparado. No teniendo vestidos para mudar, nos fué preciso quedarnos con los que vestiamos, bañados enteramente de sudor, y que con el aire frío que allí domina, aun en el corazon del verano, se secaron sobre nosotros. Se nos señaló al Padre Santo y á mí dos pequeños cuartos contiguos, en cuyas puertas se colocaron algunos gendarmes. Con mi hábito de Cardenal ayudaba yo á la criada á hacer la cama del Papa y á preparar la mesa para la cena. Esta fué sumamente frugal. Durante todo este tiempo yo procuraba sostener el espíritu del Padre Santo."

"En el camino de Florencia (continúa el cardenal Pacca), nos encontramos en medio de un pueblo inmenso, que pedía, con señales extraor-

diarias de fervor, la bendición apostólica. A cierta distancia de una posada en la que acabábamos de descansar algunas horas, los postillones, que nos llevaban con gran velocidad, no notaron una pequeña elevación, en la que vino á dar una de las ruedas. El coche cayó con violencia, se rompió el eje, y yo fui á caer encima del Padre Santo. El pueblo, que lloraba y gritaba: "¡Santo Padre!" levantó en un instante el coche. Un gendarme abrió la portezuela, que estaba siempre cerrada con llave, mientras que sus camaradas, pálidos y desfigurados, se esforzaban en alejar al pueblo, que les gritaba enfurecido: "¡Perros, perros!" Entre tanto el Papa bajó llevado en brazos del pueblo, que se estrechaba á su alrededor; los unos se prosternaban, los otros le besaban los pies, otros tocaban respetuosamente sus vestidos, como si fueran reliquias, y todos le preguntaban con grande interés si había padecido algo en la caída. El Padre Santo daba gracias á todos con la sonrisa en los labios, por el cuidado que de él tenían, y no les respondía sino chancosándose sobre esta caída. Por lo que á mí hace, como temía que esta multitud furiosa viniera á las manos con los gendarmes y se dejase arrastrar á algún exceso del que hubiera sido víctima, me lancé en medio

gritando que el cielo nos había preservado de todo mal, y que la conjuraba á que se calmara y tranquilizara."

Después de esta escena, que había hecho temblar al general Ridet y á sus gendarmes, el Padre Santo subió con el Cardenal al coche de Monseñor Doria, y siguieron su camino.

"Era un espectáculo conmovedor ver en todo el camino á esos buenos toscanos pedir la bendición del Sumo Pontífice, y, á pesar de las amenazas de los gendarmes, acercarse al coche para besar la mano del Papa y manifestar su dolor por verlo en aquella situación tan cruel."

En Mondovì el entusiasmo del pueblo tomó un carácter más pronunciado: las Ordenes religiosas vinieron procesionalmente delante del Pontífice, y le acompañaron. Los piamonteses contaban á los gendarmes en un abrir y cerrar de ojos; y por sus palabras y gestos parecía se proponían libertar al Padre Santo.

"Cuanto más nos acercábamos á Francia, dice en su relación uno de los servidores del Papa, tanto más crecía el entusiasmo. En el primer pueblo francés, las autoridades vecinas, con pretexto de conservar el orden, procuraban acercarse cuanto podían al Padre Santo, por besar su mano y consolarle. Pío VII decía:

"¿Podrá Dios ordenarnos ser insensibles á estas pruebas de afecto?" Y les daba las gracias con dignidad y modestia. Al acercarse á Grenoble, muchos miles de soldados, pero sin armas, se arrodillaron como un solo hombre. Era la heroica guarnicion de Zaragoza, prisionera de guerra en Grenoble, que habia pedido presentarse toda ella al Pontífice. Pio VII, sacando casi todo el cuerpo del coche, y con un aire de alegría, de dicha y de ternura, dió la bendicion á aquellos héroes, héroes atezados por las fatigas."

Habiéndose separado el cardenal Pacca, durante algun tiempo, del Papa, se le reunió el 21 de Julio en San Juan de Maurienne, y marchó en el mismo carruaje para Grenoble.

"El camino, dice, estaba cubierto de gente que habia venido de los países circunvecinos, y la multitud iba en aumento á medida que nos acercábamos á Grenoble. Era un tierno espectáculo ver á ese pueblo arrodillarse tan pronto como divisaba al carruaje, y esperar así el paso del Papa para recibir su bendicion. Muchos nos acompañaban corriendo, y las jóvenes arrojaban flores para que el Papa se dignara bendecirlas. Ellas le manifestaban altamente sus sentimientos de respeto y veneracion, y recuerdo que una de ellas gritaba llorando: "¿Qué fiaco

"estais, Padre Santo! ¡Ah! No es extraño: es-
"tais rodeado por todas partes de afliccion." Y cuando el Papa extendia la mano para bendecirlas, se lanzaban á besarla, aunque el carruaje corria mucho, y aun á riesgo de ser aplastadas por las ruedas, ó destrozadas por los caballos de los gendarmes. Al entrar en la ciudad vimos las ventanas llenas de espectadores, y en las calles un inmenso pueblo que se arrodillaba y pedía la bendicion. Puede decirse de Pio VII lo que algunos años ántes se habia dicho de su predecesor: que en entrada en Grenoble no era la de un prisionero conducido por la fuerza, sino la del mejor de los padres, que despues de una larga ausencia vuelve al seno de su querida familia, que le prodiga las más tiernas pruebas de amor y respeto.

"Este concurso extraordinario de los pueblos, añade el cardenal Pacca, esos testimonios unánimes de veneracion que el Papa recibia á cada paso, han sido para mí un espectáculo, no diré solamente prodigioso, sino aun sobrenatural. Hace muchos siglos que, no solo los países heterodoxos, en que las preocupaciones contra la Santa Sede se maman con la leche, sino tambien algunos países católicos, y más particularmente Francia, declaman sin cesar contra la metrópoli

del Cristianismo. Allí escritores enemigos de Roma no se ocupan de otra cosa que en mostrarla á los pueblos como el asiento de la más atroz tiranía; esparcen las más negras calumnias contra el clero romano, y pintan las acciones de los Soberanos Pontífices con los colores más feos y vergonzosos. Parece, pues, por la manera con que ordinariamente se forman los juicios humanos, que debían haber conseguido encender un ódio universal contra los Papa: parece que los pueblos extraviados debían huir de la presencia de un Papa como se huye de la vista, de un monstruo, ó cuando menos vomitar, al verlo pasar, toda clase de injurias y de imprecaciones. Sin embargo, ha sucedido lo contrario. Sea que Pio VII y sus predecesores hayan viajado como Soberanos en países extranjeros, sea que hayan ido escoltados por gendarmes como criminales, en todas partes las ciudades y las provincias se han precipitado á su tránsito para darles innumerables pruebas de amor y veneración. Nos es lícito, pues, ver en estos acontecimientos extraordinarios, alguna cosa sobrehumana."

De este modo, de etapa en etapa, fué conduciéndose Pio VII á Savona, donde quedó como prisionero de Estado.

El P. Huguet añade:

"En la tarde del 9 de Junio de 1812, fatal aniversario del día en que se le había prevenido á Pio VII, hacia tres años, que se le iba á despojar de sus Estados, se intimó al Pontífice el orden de prepararse para entrar nuevamente en Francia; y al mismo tiempo se le mandó que se quitase los vestidos que le hubieran podido dar á conocer en el camino. Se había perfeccionado la manera de atormentar al Papa sin correr los riesgos que su popularidad podía acarrear, y le hicieron salir en la madrugada del 10. Después de un penoso viaje sin descanso alguno, llegó al hospicio del Monte Cenís á la media noche. En Stupinigi, cerca de Turin, el gobierno había enviado anticipadamente á Bertazzoli, que entró en el mismo carruaje, y ya no se volvió á separar de Pio VII. En el hospicio cayó el Papa tan gravemente enfermo, que los oficiales que le escoltaban creyeron de su deber transmitir esta noticia al gobierno de Turin y preguntarle si debían detenerse ó seguir la marcha. Se les intimó que ejecutasen lo que se les había ordenado. En su consecuencia, aunque el Papa acababa de recibir la Extremaunción en la madrugada del 14, se le hizo continuar el viaje en la noche siguiente. Pero este Pontífice enfermo debía conservar, en medio de tantos ultrajes, una salud

de hierro que resistiera todos los malos tratamientos. Se le obligaba á caminar día y noche. El 20 de Junio por la mañana llegó á Fontainebleau. Durante todo este trayecto, no salió del carruaje, y cuando debía tomar algun alimento se lo llevaban al mismo carruaje, que encerraban bajo llave en las cocheras de las postas de los pueblos de ménos vecindario. Cuando Pio VII llegó al palacio de Fontainebleau, no pudo recibirle el conserje porque todavía no habia llegado la órden del ministerio de París, y condujeron al Papa á una casa vecina. Algunas horas despues llegó la órden de recibir al Padre Santo en el palacio, á donde algunos ministros del Emperador vinieron de la capital á cumplimentarle. El Emperador y su ministerio dijeron que esta traslacion repentina del Papa tenia por objeto evitar que los barcos que recorrian el Mediterraneo hiciesen un desembarco imprevisto en las costas de Savona para apoderarse de Pio VII y ponerlo en libertad; pero el verdadero fin de esta resolucion fué acercarle á París y rodearlo de personas que á fuerza de instancias le comprometiesen á aceptar todas las proposiciones del Emperador.

“Lo que no se puede comprender es esa manera con que hicieron viajar al Papa. Fué pre-

ciso un auxilio especial del cielo para que no perdiese la vida. No obstante, como su muerte, lejos de favorecer las miras de gobierno, las hubiera desconcertado, el cardinal Pacca cree no se tomaron estas resoluciones tan violentas sino con el fin de qué por medio de los padecimientos se debilitasen las facultades intelectuales del Papa, y se llegara á apurar su heroica paciencia. En efecto: llegó á Fontainebleau en tal estado, que se vió en la precision de tomar cama durante muchas semanas. Pero al menos tenia una cama; aunque encarcelado en sus habitaciones, podia respirar mejor que en el horrible carruaje en que estaba encerrado, aun cuando no viajase, y además habia recobrado las vestiduras de su sagrada dignidad.

“Esta traslacion violenta y brutal del Papa desde Savona á Fontainebleau fué para Bonaparte la última falta que, como enseña la Sagrada Escritura, llega á cansar la longanimidad del Señor y le hace descargar el látigo que hasta entónces tenia suspendido. El Papa habia llegado como prisionero y casi moribundo á Fontainebleau el 20 de Junio, y el 22 del mismo mes, Napoleon, embriagado de una prosperidad maravillosa de quince años, hizo pasar á sus tropas el Niemen é invadió el territorio ruso, co-

menzando de este modo esa guerra que le fué tan fatal, que le precipitó del trono y que le hizo perder en pocos meses el fruto de tantas victorias. No fué el brazo de los hombres, sino el brazo todopoderoso de Dios, el que destruyó uno de los ejércitos más numerosos y más aguerridos de que hace mención la historia. Las almas piadosas que ven siempre la obra de una mano superior ó invisible en el curso de las cosas de tierra, reconocerán la acción de la Providencia por una circunstancia muy notable de la célebre y dolorosa expedición de Rusia. Escribiendo Bonaparte al virey de Italia una carta en la que se quejaba amargamente del Papa, le decía: "¿Qué puede hacer Pio VII con denunciarme á la cristiandad? ¿Poner en entredicho mi trono, excomulgarme? ¿Piensa que entónces se caerán las armas de las manos de mis soldados?" Ya no le faltaría más que hacerme cortar los cabellos y encerrarme en un monasterio"..... Nuestros modernos pensadores dirán que la nieve y el hielo fueron los que hicieron "caer las armas de las manos de los soldados." Pero ¿de dónde venían estos azotes? La sagrada Escritura nos lo enseña: *Nix, glacies, spirítus procellarum faciunt verbum ejus.*"

Hé aquí lo que un célebre historiador refiere

con este motivo: "...Entónces sobrevinieron los frios, que debían, no solo causar el desastre, sino llevarlo hasta el último extremo. Comenzó á caer la nieve, haciendo desaparecer todas las señales de los caminos. Era, pues, preciso marchar á la ventura, exponiéndose á cada instante á hundirse en los pantanos. Los desgraciados soldados, impelidos por el viento y pasmados de frío, chocaban contra las piedras ó los árboles, y caían para no levantarse más, porque quedaban enterrados bajo la nieve. Los fusiles se escapaban de sus manos yertas, las extremidades se les helaban y agangrenaban; el que se dormía no se volvía á levantar. Si algunos descubrían un sendero, se dirigían á él; pero los paisanos y los cosacos emboscados caían sobre ellos con furor, y les dejaban espirar lentamente sobre la nieve. Los caballos, que eran pocos y no tenían buenas herraduras, se resbalaban en el suelo endurecido; les era preciso romper el hielo para encontrar un poco de agua y roer la corteza helada de los árboles. Cuando alguno caía rendido de fatiga, se apresuraban los demás á despedazarle para alimentarse de su carne y calentarse los piés y las manos en sus entrañas palpitantes.

"Cada vivac se convertía en un cementerio

por falta de fuego; los soldados se acostaban con la mochila á la espalda, los jinetes con la brida al brazo. Muchas veces permanecian abrazados para proporcionarse un poco de calor los unos á los otros, pero con frecuencia á la mañana siguiente no encontraban á su lado sino un cadáver, y se retiraban de él sin lamentar su suerte, porque habia dejado de padecer. Si veian algun poco de leña, ponian en el fuego la marmita que guardaban con el mayor cuidado, y la pólvora reemplazaba la sal para sazonar un puñado de harinas de centeno ó un trozo de carne de caballo. Un feroz egoismo sustituyó entonces á esa generosidad que es tan propia del soldado; nadie pensaba más que en sí mismo, y se llegó á disputar, sable en mano, una miserable corteza de pan, un manojito de paja ó un haz de leña. Nadie tendia la mano al camarada que caia; á otro se le arrancaba de las espaldas, ántes que se helára, el capote que le cubria para pozérselo todavía caliente. En vano los que, á causa de su cansancio ó de sus heridas, estaban tendidos sobre el suelo helado estrechaban las rodillas de sus compañeros de armas, suplicándoles en nombre de sus padres y de su patria que no los abandonasen, pues cuando el tambor tocaba *marche*, se arrastraban por la tierra dando alaridos

mostrando á sus compañeros los cosacos que se acercaban, implorando como un último favor les disparásen un tiro para no caer en poder de aquellos bárbaros.

Completaremos este horrible cuadro con los detalles siguientes, tomados de otro historiador:

“El 23 de Noviembre, al amanecer, habiéndose roto uno de los puentes del Boreina, los carruajes, los bagajes y la artillería del ejército de reserva, para quienes estaba reservado aquel puente, se dirigieron hácia el otro y procuraron forzar el paso, lo cual dió ocasion á una querrela entre la infantería y caballería, y despues á un combate en el que perecieron muchos hombres ahogados ó aplastados los unos por los otros; un número todavía mayor quedó ahogado ó aplastado á la cabeza del puente, y para llegar á él era preciso ir sobre los vivos y los muertos, que estaban confundidos. Estos desgraciados, luchando con la muerte se esforzaban por levantarse, se agarraban de los vestidos y de las piernas de los que les pisaban; éstos les rechazaban á patadas para desembarazarse de ellos, pero muchas veces ellos mismos caian al suelo. Mientras que luchaban entre sí, la multitud que les seguia, semejante á un mar tempestuoso, se estrechaba, avanzaba y amontonaba sin cesar nuevas

víctimas. En este momento los rusos llegan por los dos costados de la ribera á la vez, y atacan vigorosamente. La necesidad dió fuerzas á los franceses, se defendieron desesperadamente; pero abrumados por fuerzas siempre crecientes, fueron arrojados sobre las riberas del Beresin. Entónces las bombas y las granadas enemigas comenzaron á caer en medio de esos millares de enfermos, de heridos, de mujeres, de hombres inermes que obstruían las avenidas del puente. Mil y mil víctimas se arrojan confusamente al río, y espiran allí en medio de las convulsiones del dolor y de la desesperación. Finalmente, habiendo cortado el puente la artillería rusa, cesó el paso lo mismo que el combate, y al más horrible ruido sucedió un silencio no menos espantoso. Todos los bagajes del ejército de reserva, doscientas piezas de artillería, y más de veinte mil hombres, quedaron en poder del vencedor. Es imposible calcular el número de los muertos.

“Los que se libraron de esta desgraciada jornada, hostigados siempre por los cosacos y atormentados por el hambre, iban sembrando el camino de cadáveres. Habían vuelto los frios y en pocos días se habían hecho insoportables. Se veía, no solamente á los soldados sino á los ofi-

ciales, la mayor parte sin armas y cubiertos de andrajos, arrastrarse apoyados sobre palos de pino, con los cabellos y la barba erizados por el hielo. El que no tenía fuerza para avanzar, era hombre perdido. En las marchas se veía caer á cada instante alguno de esos desgraciados, como si hubiesen estado bajo el fuego del enemigo. Las paradas ofrecían un espectáculo más horrible todavía. Muchos que ya traían la muerte en su seno, venían á sentarse cerca del fuego sobre los cuerpos de sus camaradas que acababan de espirar; miraban fijamente algunos carbonos encendidos que no tenían fuerza para alentarlos: no tardaban los carbonos en apagarse: esos espectros lívidos caían al lado de aquellos sobre los que estaban sentados. Algunos, habiendo perdido el juicio por el dolor, venían con los pies desnudos y helados á arrojarlos en medio de las llamas, en las que perecían lanzando agudos clamores, mientras que otros tan enfarecidos como ellos les seguían y encontraban la misma muerte.”

Entónces debió acordarse Bonaparte de las palabras siguientes, que el cardenal Mattei le escribía en 1793: “Vuestro ejército es formidable; pero vos mismo sabéis que no es invencible. Nosotros le opondremos nuestros recursos, nues-

tra constancia, la confianza que dá la buena causa, y sobre todo, el auxilio de Dios, que esperamos alcanzar. Bien sabemos que los incrédulos y los filósofos modernos ridiculizan las armas espirituales; pero si plaguiese á Dios que llegara el caso de desplegarlas, vuestras falanges, deshechas y derrotadas, mostrarían al mundo entero su eficacia. Convengo con voz en que la guerra que haríais al Papa sería poco gloriosa; en cuanto al peligro que vos no creéis encontrar, nuestra confianza en Dios no nos permite pensar que haya otro sine para vos y para los vuestros."

"Ya se sabe que el Emperador había hecho venir á Pio VII á Fontainebleau, á fin de tenerlo cerca de sí, esperando que á fuerza de instancias y vejaciones obtendría alguna cosa de parte de este desgraciado anciano, debilitado por la edad y por las crueles pruebas por que acababa de pasar. Se ponía el mayor cuidado en alejar del Papa á los Cardenales fieles y á sus mayores servidores. El augusto Pontífice se consolaba en esta soledad forzada celebrando todos los días el santo sacrificio de la Misa, meditando estas palabras del Crucificado: "Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia." En medio de estas pruebas, el Vicario

de Jesucristo era consolado por la uncion de la gracia y por la satisfacion que se encuentra en el cumplimiento de un deber tan sagrado.

"No tardó la Providencia en hacer expiar en este mismo lugar todos estos ultrajes al perseguidor de Pio XII.

"Durante los siete días que debió pasar en Fontainebleau esperando la ratificacion de Inglaterra al tratado de 15 de Abril, Napoleon, que había experimentado durante tantos años todos los refinamientos de la lisonja, experimentó también los de la desercion y el abandono. Comenzaba la expiacion, que debía continuar en el destierro. Napoleon, no solamente había despreciado mucho á los hombres, sine que exigiendo de ellos una obediencia ciega, sin condiciones y sin escrúpulos, rebajando á seres morales al rango de agentes mecánicos, los había degradado y envilecido. ¡Qué extraño es que desde el momento en que le faltó la fuerza no encontrara á su alrededor aquellos hombres á quienes había tratado con tanto desprecio como tiranía!

"Vivia triste y desanimado en un rincón del palacio de Fontainebleau, donde se había ocultado. Si dejaba por algunos instantes su cuarto, era para pasearse en un pequeño jardin, encerrado entre una antigua galería y la capilla. Tan

solo se despertaba su curiosidad, ya extinguida, cuando oia algun ruido que llegaba á su departamento. Entónces, como un hombre que habiendo entrado en las sombras y el silencio de lo pasado, se vuelve para oír lo que pasa en el mundo, quería saber quién venia á visitar aquella mansion de la soledad y del abandono. Muy pocas veces las respuestas fueron satisfactorias; sus más queridos confidentes, los que de más cerca le habian servido, no se dignaron hacerle una visita, y tan solo algunos que habian vivido distantes de él, conservaron el sentimiento de la dignidad humana y fueron á visitarlo al desierto Fontainebleau."

El 18 de Abril de 1814, los cuatro comisarios designados por las potencias coligadas para acompañar á Napoleon hasta el puerto de embarque, llegaron á Fontainebleau: eran éstos el general Schouwaloff por Rusia, el general Koller por Austria, el coronel Campbell por Inglaterra, el general Waldbourg-Truchsess por Prusia. La partida se fijó para el 20 de Abril; Napoleon, á invitacion de los comisarios, señaló por sí mismo la hora. Al mediodía estaban ya colocados por su órden los carruajes. El mariscal Bertran entró en las habitaciones del Emperador para anunciarle que todo estaba pronto.

Su guardia, pequeño resto de tantas guerras, estaba sobre las armas. Los cuatro comisarios extranjeros estaban presentes, y el corto número de servidores que habia quedado en Fontainebleau para ser testigo de la última escena del imperio, se habia formado en dos filas. Los carruajes se dirigieron hácia la primera etapa del destierro; las tropas de la escolta los seguian.

El imperio habia caído; sus restos seguian el camino de Lyon. En Moulins fué donde la comitiva vió las primeras escarapelas blancas. El 24 de Abril á mediodía encontraron cerca de Valence al mariscal Angereau. Napoleon y el mariscal bajaron de sus carruajes, y adelantándose el uno hácia el otro se abrazaron; pero mientras el primero se quitó el sombrero, el segundo permaneció con la cabeza cubierta. Lo que el respetaba en su antiguo soberano era el poder y no el derecho; una vez caído ese poder, se consideró igual á él, y con familiaridad republicana tuteó al Emperador, que le habia tuteado reprochándole la proclama injuriosa que habia dado contra él, y le devolvió reproche por reproche, recordándole su ambicion insaciable, á la que habia sacrificado la Francia. Importunado por esta conversacion, Napoleon, que habia caminado cerca de un cuarto de hora al lado

de Augereau, dirigiéndose hacia Valence, se volvió bruscamente á él, lo abrazó nuevamente, lo saludó, y se metió en el coche. Augereau, con las manos puestas en las espaldas, y sin llevar siquiera las manos á su gorra de cuartel, dejó partir al Emperador, y cuando este subió al carruaje le hizo por toda despedida un gesto equívoco.

Desde Orange, por donde quiera que pasó fué recibido á los gritos de *Viva el Rey!* mezclados con injurias y amenazas contra el Emperador destronado. En Orgon levantaron un patíbulo con un maniquí enteramente cubierto de sangre delante de la posada donde debían parar los carruajes. Las mujeres, sobre todo, se mostraban implacables. La cólera de tantas madres, de tantos huérfanos, de tantas viudas, privadas de sus maridos y de sus hijos, hervía en las almas ardientes de esas furias meridionales, que pedían ya con voz amenazadora, ya con voz suplicante, la sangre de Napoleón como una satisfacción que se les debía por lo que ellas habían sufrido. El papel de los comisarios europeos llegó á ser difícil. No habían previsto que tendrían necesidad de una escolta, no para defender sus vidas, que éstas no corrían riesgo alguno sino la de aquel hombre que había sido Emperador de los franceses, contra el pueblo que ha-

bía sido su pueblo. No encontraron otro medio de salvar su vida sino sacrificando su dignidad. En Orgon el conde Schouwaloff arengó á la multitud furiosa; le representó el profundo abatimiento de aquel á quien quería castigar; añadiendo que el desprecio era la única arma que debía emplearse contra un hombre que había dejado de ser peligroso, y que sería indigno de la nación francesa tomar otra venganza."

El Emperador se ocultaba detrás del general Beltran cuanto podía; estaba pálido, abatido, y no hablaba una palabra. Cuando vió que el pueblo aplaudía ese discurso, hizo señales de aprobación á Schouwaloff, y le dió gracias después por el servicio que le había prestado.

Triste escena, donde nadie ocupó el lugar que le correspondía, ni cumplió con su deber! Ni esa vil muchedumbre, que después de haber sufrido el despotismo, viene á insultarlo cuando lo ve caído y sin defensa; ni esos comisarios extranjeros, que, encargados de proteger al Emperador, confiado á su lealtad, entregan su dignidad como rescate de su vida; ni el mismo Emperador, que consintió en esta indigna venta. Tenía Napoleón la grandeza del genio, pero le faltaba esa grandeza más elevada que dan el sentimiento del derecho y la virtud. Ni el ré-

gio ajusticiado de la plaza de White-Hall, ni el angusto guillotinado de la plaza de la Revolución, hubieran aceptado semejante defensa. Luis XVI prescribió á De Séze que no ablandara á sus jueces. Aunque Rey, queria pedir justicia á sus súbditos, pero no aceptaba la compasion, y mucho menos el desprecio.

A un cuarto de legua de Orgon, creyó Napoleón necesario para su seguridad disfrazarse. Se revistió de una mala casaca azul, se cubrió la cabeza con un sombrero redondo con *escarapelablanca*, y montó en un caballo de posta para galopar delante del carruaje, con ánimo de pasar por correo de gabinete. En Saint-Caen le hicieron el mismo recibimiento y abrigó igual temores. Todo su acompañamiento, desde el general hasta el pinche de cocina, llevaba escarapela blanca. Despues tuvo la idea de ponerse el uniforme austriaco del general Kolher y para desvanecer las sospechas pidió á sus compañeros que lo trataran con familiaridad, al cochero del general Kolher que fumase, y al mismo general que cantase y silbase en el carruaje. Cuando se trataba de tomar algun alimento en una posada, no se atrevia á tocar ningun plato temiendo estuviese envenenado. Suplicó á los comisarios que se informáran si las casas en que paraban

tenian puertas secretas, por las que se pudiera escapar en caso de alarma. De este modo llegó á San Maximino, *haciendo siempre el papel de general austriaco* mientras que el mayor Olsiewiff, ayudante de campo del general Schowaloff ocupaba su lugar en el carruaje, y hacia á instancia *suya*, el de Emperador.

Habiendo sabido que el subprefecto de Aix estaba allí, lo hizo llamar y le apostrofó en estos términos: "Debais avergonzaros de verme con uniforme austriaco. He tenido que vestirme así para ponerme al abrigo de los insultos de los provenzales. Yo venia con toda confianza en medio de vosotros mientras podia venir con seis mil hombres de mi Guardia, y no encuentro aquí más que turbas de rabiosos que amenazan mi vida. Es una perversa raza la de los provenzales; ellos han cometido toda clase de crímenes y de horrores en la revolucion, y están dispuestos á repetirlos; pero cuando se trata de batirse con valor, son unos cobardes. Jamás la Provenza me ha dado un regimiento del que pudiera estar satisfecho; pero quizá mañana se encarnizarán contra Luis XVIII tanto como parece se encarnizan hoy contra mí." Despues de haber hablado durante algun tiempo en este sentido, se volvió hácia los comisarios, y les dijo que

nada conseguía Luis XVIII de los franceses si los trataba con demasiadas consideraciones.

En la caída de tan colosal fortuna no se encuentra nada digno de admiración. En Mario, sentado sobre las ruinas de Cartago, ó levantándose en presencia del cimbrío, admírase cuando menos la fuerza moral, que sobrevive á la fuerza material, y el elevado carácter del hombre desafiando con sus intrépidas miradas los golpes de la fortuna, que ha podido destruir su poder, pero no abatir su corazón. La heroica resolución del emperador César V asombra al universo entero: su alma es superior al poder que abandona. En los últimos momentos de Luis XVI, el Rey destronado se trasfigura en el santo y en el mártir; el soberano ha caído, pero el hombre no desciende, sube. *Hijo de San Luis, subid al cielo.* Nada de esto se encuentra en el camino de Fontainebleau á Fréjus. Napoleón defiende su vida por medios vulgares: la astucia, los disfraces, la huida, los subterfugios. Al descender del trono no deja señal alguna ni de la grandeza cristiana ni de la grandeza pagana. Para comprender el desenlace de esta escena es preciso elevarse hasta el juicio de Dios, por el que dos soberanos salen casi al mismo tiempo de Fontainebleau: el primero, el Papa Pío VII,

atravesando en triunfo la Francia, arrodillada al recibir su bendición, para volver á su ciudad de Roma, gozosa y ufana de verlo nuevamente; el segundo. Napoleón, atravesando las muchedumbres amotinadas contra él, y prontas á pasar del ultraje á la violencia, para ir á buscar más allá del mar un destierro.

Para decidir entre la usurpación francesa y el gobierno del Papa en Roma, basta consultar la historia, que nos enseñará cómo se mantuvieron los revolucionarios en los Estados Pontificios, y cómo fué recibido Pío VII á su vuelta. Los primeros emplearon la violencia; los mismos hechos alegados por la revolución francesa para justificar la invasión de los Estados Pontificios, prueban cuán odiosa era á las poblaciones, mientras que las fiestas, las aclamaciones con que fué recibido el Papa á su vuelta, demuestran lo mucho que sus súbditos querían su gobierno.

El 12 de Mayo de 1814, Pío VII arribó á Ancona, donde fué recibido con los mayores trasportes de alegría. Los marineros, vestidos de uniforme, desengancharon los caballos del carruaje y lo arrastraron ellos mismos con cordones de seda encarnada y amarilla, mientras tronaba la artillería de los bastiones, y las cam-

panas de todas las iglesias tocaban á vuelo, como en las más grandes festividades. El día 14 se formó en Osimo una guardia de honor, y lo condujeron á Loreto. Sa marcha era un triunfo continuo, mientras Napoleón se retiraba á la isla de Elba, oyendo gritar por todas partes: *¡Abajo el tirano!*

La isla de Santa Elena está situada en medio del Atlántico, á novecientas leguas de la costa de Africa. Tiene veintiocho millas inglesas de circunferencia: el suelo de las islas es el de un volcan apagado hace siglos; la única piedra que se encuentra es esponjosa, rojiza, y tan blanda, que se la trabaja con las manos. Las alturas están coronadas de bosques; pero los valles y llanuras intermedias están enteramente incultas. No se encuentra tierra vegetal sino en los lugares á donde se ha podido llevar. No hay agua suficiente para las necesidades de una numerosa guarnicion; por lo menos no la habia en la época en que Napoleón fué desterrado á la isla. La poblacion de Santa Elena es de cerca de mil quinientas almas, comprendiendo la guarnicion. La mayor parte de los colonos son antiguos empleados subalternos de la Compañía de Indias. La vida es muy corta; son muy pocos los que llegan á los sesenta años. El clima

es perniciosísimo para los europeos; los cambios de la atmósfera son muy sensibles, frecuentes y repentinos. Sobre todo la estacion de las lluvias es muy enfermiza: las enfermedades que engendran son la disenteria y la inflamacion del hígado. En una palabra: Inglaterra no pudo elegir mejor lugar para su venganza.

Después de haber pasado Napoleón dos meses en Briars, en casa de un comerciante inglés, fué instalado en su nuevo alojamiento de Longwood: la casa era de madera, y durante nueve meses del año la llenava de moho la humedad de los lluvias ó tempestades, y durante los otros tres la calcinaba el sol abrasador de los trópicos. En la pieza en que Napoleón habita habia un canapé, algunas sillas, una cómoda, un velador, la cama de hierro de Austerlitz, el despertador de Federico *el Grande*, y los retratos de las dos emperatrices y del rey de Roma.

Longwood al principio no era sino una especie de granja para el uso de la Compañía de Indias. Esta casa, restaurada apresuradamente para que sirviese de residencia al Emperador y á sus compañeros de infortunio, estaba situada en el lugar más malsano de la isla, en una llanura que se elevava dos mil pies sobre el nivel

del mar, azotada incesantemente por vientos impetuosos, ó cubierta de nubes y desahda de árboles y vegetación.

“Este país es mortal, decía Napoleon; donde las flores están agostadas, no puede vivir el hombre. Bien lo han calentado los discípulos del Pitt.” Y añadía: “Trasformar el aire en instrumento de muerte, no se le hubiera ocurrido al más feroz de nuestros profetas: esta idea solo ha podido germinar en las riberas del Támesis.”

Y sin embargo, allí es donde pasó cerca de seis años, bajo la custodia del general inglés Hudson Lowe. Este hombre fué fiel á la misión de odio que se le había confiado; se mostró carcelero más bien que gobernador; esbirro y no soldado. Cada día añadía, con su carácter receloso, nuevas privaciones, que Napoleon tenía que sufrir; unas veces tasaba las raciones de vino de los prisioneros, otras les negaba los víveres necesarios y obligaba al Emperador á vender su vajilla para alimentar á sus compañeros. Napoleon pedía en vano periódicos ó libros; no se le concedían sino de tarde en tarde; se le privó de toda comunicacion con los habitantes de la isla; no podía tener relacion alguna con los militares de la guarnicion, ni podía comunicarse con

nadie sin que antes sus cartas fuesen entregadas al gobernador y á sus subalternos. Un viajero que llegaba de Europa despues de haber visto de cerca á María Luisa y á su hijo, no pudo obtener permiso para dar á este padre desgraciado noticias de aquellos seres tan queridos. Por medio de estos tormentos implos esperaban abatir sus fuerzas morales y abreviar su existencia.

Además de su familia, tenía muy presente la Córcega, teatro de sus primeras diversiones, cuna querida de su infancia; también recordaba la escuela de Brienne, donde pasó su juventud, y la Francia, que había llenado de llanto y de gloria. “No hay cosa más difícil, aun para los hombres superiores, dice el P. Lacordaire, que el poder soportar la cesacion del trabajo. Cuando el alma y el cuerpo se han acostumbrado á la agitacion de los grandes acontecimientos, no pueden sufrir ya la simple y pacífica sucesion de los días. Esa paz fria es para ellos un sepulcro. Echan de menos el ruido, las alternativas de los reveses con los triunfos y toda esa tragedia de sucesos en los que ántes tomaban una parte activa. La historia no cuenta sino un pequeño número de hombres que hayan pasado de la vida pública á la vida privada conservando con la tranquila posesion de sí mismos, la plenitud de

su grandeza. La mayor parte se consumen en un vulgar fastidio; otros piden á las pasiones de los sentidos el olvido de sí mismos y de su dignidad; los más elevados sucumben al misterioso veneno de la tristeza.

Napoleon se acercaba á su última hora. Los años de 1819 y 1820 se pasaron en las alternativas de enfermedad y de restablecimiento que hicieron presagiar una suprema crisis. Al principio de 1821 comenzó á decaer el cautivo; habiendo aparecido un cometa en el cielo, recordó el de Julio César, y consideró ya cercano el fin de su vida. El 18 de Marzo se manifestaron gravísimos síntomas; los días siguientes la enfermedad hizo espantosos progresos, hasta el punto que ya se creyó perdida toda esperanza.

Hubo un momento en que se creyó que el enfermo mejoraba. Vosotros os alegráis, les dijo, y no os engaños. Estoy mejor, pero no por eso dejo de conocer que mi muerte está cercana. Cuando ya no exista, todos vosotros tendreis la dicha de volver á ver á Europa y á vuestras familias. Yo volveré á ver á mis valientes en los Campos Elíseos. Sí, añadió solemnemente: Kleber, Desaix, Bessières, Duroc, Ney, Murat, Massena, Berthier, todos me saldrán al encuentro al verme vendrán todos enajenados de en-

tusiasmo y de gloria, y hablaremos de nuestras guerras con los Scipiones, Aníbal, Césares y Federicos, á no ser, dijo riéndose, que allí abajo tengan miedo de ver tantos guerreros reunidos."

Entonces entró en su casa el doctor Arnold, cirujano de un regimiento inglés. "Esto está visto, le dijo Napoleon: el golpe está dado. Mis días son contados; voy á volver mi cuerpo á la tierra. Bertrand, traducid á este señor lo que vais á oír: "Yo habia venido á sentarme en el hogar del pueblo inglés. Yo pedía una leal hospitalidad. Contra todo derecho de gentes; la respuesta fué encadenarme. De muy diverso modo me hubieran acogido Alejandro, el emperador Franciscó y el rey de Prusia; pero era propio de Inglaterra sorprender, arrastrar á los Reyes y dar al mundo el inaudito espectáculo de cuatro potencias encarnizándose contra un solo hombre. Vuestro ministerio es el que ha elegido este horrible peñasco en donde se consume en ménos de tres años la vida de los europeos, para acabar la mia por un asesinato. ¿Y cómo me habeis tratado desde que estoy en este osco- llo? No hay una infamia que no me hayais hecho devorar durante este largo tiempo. No me habeis permitido las más simples comunicacio-

nes de familia, áun aquellas que se concede á todo el mundo; mi mujer, mi hijo, no han vivido para mí; me habeis tenido seis años en el tormento del secreto, en esta isla inhospitalaria, etc."

El 5 de Julio de 1821, una noticia prevista hacia ya algun tiempo, pero que sin embargo debia de producir una profunda sensacion en Europa, una viva emocion en Francia, llegó á París: Napoleon habia muerto el 5 de Mayo en la roca de Santa Elena.

Las palabras que se atribuyen á Napoteon sobre la divinidad de Jesucristo, y de las que los oradores y los poetas se han apoderado embelleciéndolas, son apócrifas. Por otra parte, no basta para ser católico creer en la divinidad de Jesucristo; es preciso creer tambien en la divinidad de la Iglesia. ¿Evió Dios á Napoleon en sus últimos dias una luz más completa? Esto es lo que no puede afirmarse. El 5 de Abril de 1821 habia escrito á la cabeza de su testamento: "Muero en la Religion apostólica romana, en cuyo seno nací hace más de cincuenta años." Pero en este mismo testamento escribió estas líneas: "Lice prender y juzgar al duque de Enghien, porque esto era necesario para la seguridad, honor é interes del pueblo francés, cuan-

do.... mantenia por confesion propia sesenta asesinos en París. En semejante circunstancia, obraria tambien del mismo modo."

En un codicilo del mismo testamento, fecha 24 de Abril de 1821, se lee lo siguiente: "Legamos diez mil francos al sargento Cantillon, que que ha sido acusado de haber querido asesinar á lord Wellington, de lo que ha sido declarado inocente. Cantillon tenia el mismo derecho de asesinar á ese oligarca, como éste el de enviarme á morir á la roca de Santa Elena."

Citaremos aquí algunos pasajes del sublime testamento de Luis XVI, dejando al cuidado del lector el comparar estos dos documentos:

"Yo muero en el seno de nuestra santa Madre la Iglesia católica apostólica romana, que tiene sus poderes por una sucesion no interrumpida de San Pedro, á quien Jesucristo se los habia confiado.

"Suplico á todos aquellos á quienes haya podido ofender (porque no recuerdo haber hecho á sabiendas mal á nadie en toda mi vida), y á quienes haya podido dar mal ejemplo ó causado escándalo, que me perdonen todas las ofensas que ellos crean les haya hecho. Ruego á todos que unan sus oraciones á las mías para conseguir de Dios el perdon de todos mis pecados.